

Las voces dormidas

El futuro incierto de los archivos de radio en España

ÁNGELES AFUERA

Cientos de miles de documentos sonoros duermen en almacenes de las emisoras de radio, grabados en soporte analógico, ignorados y en peligro de desaparición

ON
AIR

Cintas magnetofónicas, cassetes, discos de pizarra, incluso soportes más modernos como el minidisc o el DAT albergan parte de la memoria sonora histórica de este país. Son propiedad de emisoras de radio, privadas y públicas, pero su existencia apenas se conoce. Acumulan polvo en almacenes, armarios, estanterías... y ocupan tan precioso espacio que a veces son destruidos o cedidos a terceros, en algunos



María Sabater, primera locutora de Radio Barcelona. (Propiedad cadena SER)



Un estudio de Radio Madrid en los años 40.
(Propiedad cadena SER)

casos a instituciones donde continuarán amontonados en la más triste oscuridad.

La radio —que comenzó a emitir en España en 1924—, acarrea esa maldición desde sus inicios: no tener memoria. Las empresas radiofónicas más veteranas nacieron en un momento en el que no existían

soportes fiables de conservación de audio y, los que fueron imponiéndose —como el disco de pizarra— no se consolidaban para este cometido debido a su alto precio. Tenemos pues una etapa, que podría abarcar incluso varias décadas, en la que la radio emitía sus programas en directo y éstos se per-

dían, excepción hecha de algunas rarezas, grabaciones que han llegado a nuestros días por diferentes caminos o casualidades.

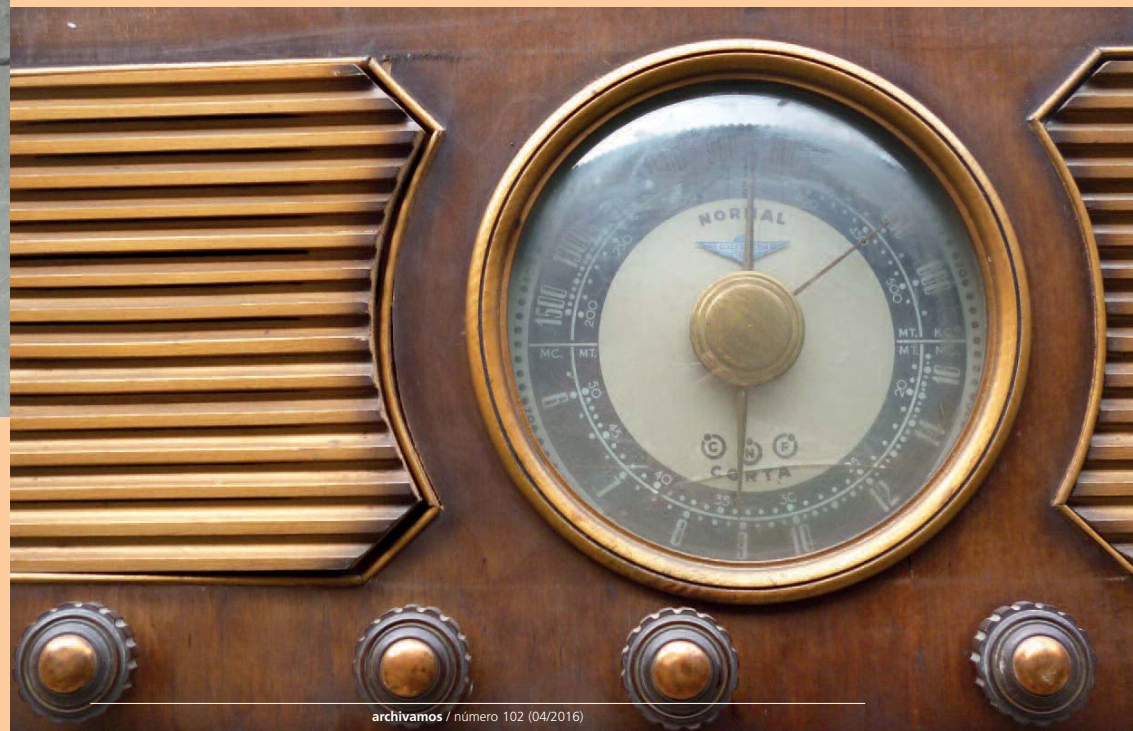
Quizá a esto haya que sumarle la propia idiosincrasia del nuevo medio: era un entretenimiento de tecnología de algunos aficionados a la radio sin

hilos, los llamados *sin-hilistas*, entretenimiento en el que quizá contaba más la pericia técnica, el que la emisión llegara lo más lejos posible o se escuchara sin interferencias, que el propio contenido que emitía. No era entonces la radio un medio de comunicación de masas, puesto que quienes tenían un aparato de galena eran muy pocos privilegiados. No era un medio de información, frente a la consolidada presencia de la prensa escrita. Era un medio de entretenimiento, principalmente musical. Nadie tuvo la vocación de conservar esas emisiones y si la tuvo se topó con la realidad: la imposibilidad de grabar todo en un soporte estable. De esta forma —y los lamentos de los documentalistas y periodistas de radio que ahora trabajamos en la historia del medio son constantes— hemos perdido, ustedes, nosotros y todos los españoles, la posibilidad de poder escuchar una emisión cualquiera,



completa, de Unión Radio Madrid, de Radio Sevilla, de Radio Barcelona o de Radio Cádiz —las pioneras— correspondiente a los años 20, 30, 40, 50... e incluso periodos más actuales.

¿Cómo sabemos de la radio de las generaciones que nos precedieron? Los audios son prácticamente inexistentes. Los documentos escritos —tales como guiones, proyectos,





etc., si realmente se escribieron, han sido destruidos por el tiempo y la necesidad de espacio de las empresas: otro enemigo bien conocido de los documentalistas.

Pero el boca a boca de una generación a otra ha sido tan poderoso, la radio ha marcado una huella tan indeleble en la memoria de nuestros padres y

abuelos que se ha ido creando una historia muy sentimental, poco rigurosa, con todos los errores y la imprecisión —a veces consentida, incluso intencionada—, que nos habla de legendarias radionovelas, de programas deportivos heroicos que transmitían desde los campos de fútbol a través de líneas telefónicas inestables,

de concursos populares, de campañas benéficas, de espacios cara al público...

A finales de los años 30 se generaliza el uso de los magnetofones y bien entrados los 40 se perfecciona su funcionamiento con la posibilidad de borrado y regrabado en cintas de acetato, comúnmente llamadas “bobinas de cinta abierta”. Las emisoras de radio ya pueden conservar eficazmente lo que consideran relevante, pero deben afrontar el alto precio de las cintas, por lo que éstas son grabadas y borradas, grabadas y borradas hasta límites insospechados de reutilización. Sólo cuando el directivo de esa época decide que merece la pena conservar algo permite que una cinta salga junto con otras en los almacenes de la emisora. ¿En qué casos? Quizá no en los que ahora elegiríamos. Es por eso por lo que comprobamos cómo ha

cambiado el criterio a lo largo de las décadas y encontramos entrevistas a personajes hoy desconocidos, programas especiales de poca relevancia o simplemente música. En cambio no hay grabaciones de la emisión diaria, con su publicidad, sus guías comerciales, su transcurrir en un día cualquiera, algo que sociológicamente hubiera sido mucho más interesante conocer.

En este panorama hay una excepción: las radionovelas y los seriales. La razón de que la cadena SER haya conservado cientos de radioteatros y dramatizaciones es simplemente técnica. En los años 40 y 50 no existía la posibilidad tecnológica de emitir en cadena. Para suplir esta carencia, se enviaba desde Madrid a todas y cada una de las emisoras del grupo una copia en cinta del capítulo a radiar cada día. A cierta hora convenida, todas las emisoras accionaban a la vez el “play”. Y ya teníamos nuestra falsa cadena, emitiendo a la vez para toda España “Ama Rosa” o el “Teatro del Aire”. El master de todas aquellas grabaciones se guardaba en Radio Madrid para posibles nuevas emisiones. Y de ese modo hemos podido recuperar, andando el tiempo, 17.000 cintas que constituyen el archivo histórico de la SER, una minucia comparada con



Actores ensayando una radionovela. (Propiedad cadena SER)

Solo cuando la radio privada pudo hacer informativos sintió la necesidad de conservar declaraciones, entrevistas, momentos históricos susceptibles de volver a ser escuchados en un futuro. En el caso de la SER el 23-F fue el detonante de la

necesidad de tener una fonoteca organizada a partir de las cincuenta cintas grabadas de la emisión de ese aciago 23 de febrero de 1981.

Y así, a trompicones, se han ido conservando en las emisoras momentos radiofónicos de

lo que podríamos haber tenido de ser previsores quienes nos precedieron.

Otra causa de que las emisoras privadas no hayan sentido la necesidad de conservar su producción ha sido política. Hasta 1976 el monopolio informativo decretado por la dictadura impuso la obligación de conectar con Radio Nacional de España, la única que podía transmitir información.





todo tipo, a veces por el empecinamiento de un técnico aficionado a las voces anti-

guas; a veces por la necesidad de un programa concreto, que al finalizar dejaba cientos de casetes huérfanos con la única reseña de una fecha en la tapa; a veces porque las grabaciones las echó un directivo al cajón y fueron halladas tiempo después por la nueva secretaria del nuevo jefe. Y un ejemplo más, real como todo lo que se cuenta en este artículo: si una de esas cintas magnetofónicas era regrabada sin pasarla antes por la plancha borradora, podían quedar, al final de la bobina, restos de programas anteriores, fragmentos ignorados que solo rescataba del olvido el perfeccionismo del documentalista que escuchaba la cinta hasta su fin.

Regresemos ahora al presente. Si la radio ha cambiado absolutamente su modelo tradicional con la llegada de lo digital, el problema de la conservación de su producción ya no es tal. Los grandes servidores tienen capacidad suficiente para albergar horas, días, años, décadas de emisiones, en apenas espacio. Los responsables de las empresas radiofó-

nicas pueden tomar hoy la gran decisión de salvar sus archivos sonoros. La mayoría dirá: "Digitalicense". No solo ahorrará espacio, sino que toda la producción propia podrá ser colgada en Internet, estará al alcance de los oyentes y las consultas a esa fonoteca digital se multiplicarán.

Craso error. Las voces olvidadas en cintas y casetes se rebelan ahora, en venganza por tantos años de olvido, y son capaces de esconderse aún más, digitalizadas, si no hay profesionales que investiguen en cada una de ellas y extraigan toda la información que ocultan. Porque sí, lamentablemente, esas cintas y casetes jamás fueron documentadas, ni datadas, ni se adjuntó metadato alguno. Sólo los profesionales de la documentación podrán investigar con paciencia quién hablaba, cuándo lo hizo, por qué, en qué contexto. ¿Estarán dispuestas las empresas a costear ese valor añadido?

La respuesta es variada. Las grandes cadenas de radio mantienen pequeños equipos de profesionales en sus departamentos de Documentación,

aunque siempre con la espada de Damocles de ser los más débiles cuando se trata de aplicar recortes. Existen casos en que la cadena de radio, perteneciente a un grupo de comunicación, utiliza los audios de su hermana mayor, la televisión del mismo grupo. Las emisoras regionales o provinciales sucumben a la tentación de donar sus fondos: fundaciones, universidades, centros culturales, han acabado custodiando archivos sonoros que ocupaban mucho sitio en sus lugares de origen. Y de la diligencia que estas instituciones apliquen al tratamiento documental de los mismos dependerá que sean difundidos, sirvan a los investiga-

do-
res, re-
viertan in-
cluso a la propia
radio, ya convertida
en un usuario más.

En fin, un último párrafo para llamar la atención sobre la oportunidad de negocio que supone el podcast como método de difusión por Internet de los fondos radiofónicos históricos. Podium Podcast (SER) o A la carta (RNE) son dos ejemplos de unos archivos sonoros puestos en valor, voces dormidas que despiertan para encontrar a los nuevos oyentes del siglo XXI. ■

